



*Siempre
a tu lado*

Proyectos de amor y deseo, 2

MEL CARAN

 esencia

Siempre a tu lado

Mel Caran

Esencia/Planeta

© Mel Caran, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: © Kletr/Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: mayo de 2015
ISBN: 978-84-08-14066-5
Depósito legal: B. 6.798-2015
Composición: Tiffitext, S. L.
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Septiembre

Este año, las vacaciones de verano han sido las más tristes de mi vida. Desde principios de agosto, después de la fatídica cena de gala en casa de los padres de Alan, cuando todo se precipitó y al día siguiente abandoné el hogar de mi amado, dejándolo destrozado en su habitación, he mantenido una angustiada lucha diaria con mi corazón y con mi mente y he intentado seguir adelante sin él y aprender a convivir con su, a veces, doloroso recuerdo.

Lo he intentado sí, juro que lo he hecho, que lo haya conseguido ya es otra historia.

Me he volcado de una forma total y desesperada en mis hijos. Me he convertido en una madre hiperactiva, llenando los días de actividades sin parar, saliendo, entrando, arriba, abajo, a la playa, a la piscina... Todo con el único y firme propósito de, por las noches, caer rendida en la cama y no darle ni siquiera un segundo a mi mente para que se refugie en las bonitas imágenes que todavía conservo de él y de nuestra relación. Las de esos momentos que me devolvieron las ganas de disfrutar de la vida, esas situaciones dulces y comprometidas en las que, incluso en público, Alan me hacía sentir como una princesa al lado del ser más atractivo y maravilloso del universo. Esos momentos en los que me demostraba su amor, sin importarle nada de lo que pudiera haber a su alrededor, sólo yo, sólo nosotros...

Fue algo tan especial y tan intenso, que incluso ahora, estando sola, me sigo sintiendo amada y como si lo siguiera teniendo conmigo. Su amor perdura dentro de mí y rebosa por cada uno de los poros de mi piel, aun después de transcurridas varias semanas de haberle abandonado y dejarlo totalmente roto en su habitación.

Y ese amor seguirá conmigo, porque cuando algo es sincero y fuerte como fue lo nuestro, es imposible que se desvanezca. Siempre existirá y siempre recordaré que di mucho amor, pero recibí muchísimo más.

De vuelta ya a la normalidad de la actividad laboral y estudiantil que acompaña septiembre, llevo un ritmo frenético. Me paso el día trabajando, incluso muchos días ni me acuerdo de comer y mi cuerpo empieza a resentirse. Me siento agotada y a menudo, tras mis ataques de ansiedad, me sumerjo en angustiosos y largos estados de somnolencia.

Este fin de semana será el primero que pasaré sin los niños. Después de las tres semanas de vacaciones junto a ellos, ahora les toca ir con su padre. Mi querida amiga Sofía ha organizado una cena para el viernes, para mantenerme alejada de mis tristes pensamientos y aprovechar también para celebrar mi treinta y ocho cumpleaños, que será a mediados de la semana que viene.

Además, ella también está teniendo problemas en su matrimonio y necesita evadirse, así que, por lo que veo, vamos a ahogar nuestras penas con fiesta y bailoteos.

Pero aunque ella lo esté pasando muy mal y sea mi cumpleaños, no me apetece nada ir. Además, ha quedado también con algunas chicas más y, la verdad, no tengo ganas de conocer a gente nueva.

Estas últimas semanas, lo único que he hecho ha sido quedarme en casa sin parar de llorar. Pero sé que Sofía no me lo va a permitir. ¡Pues vaya una! ¡Cualquiera le lleva la contraria cuando se le mete algo en la cabeza! En eso sí que nos parecemos...

Viernes, 20 de septiembre

Llego al restaurante un poco tarde; me cuesta arrastrar mi cuerpo a cualquier sitio. Las constantes llamadas de Sofía me han mantenido en movimiento, controlando que me estuviera vistiendo, asegurándose de que saliera de casa... Está preocupada por mí. Y no me extraña, porque parezco una zombi, de seguir así mucho más tiempo, si me presento al casting para «Walking Dead» ¡me cogen fijo!

Cuando llego ya están todas y me reciben con sus mejores sonrisas. A algunas chicas las conozco, pero a otras no. Me siento en la silla vacía que hay junto a mi amiga y ella enseguida me rodea con sus brazos y me da un efusivo beso en la mejilla.

—¡Tardona! Ya está bien, ¿eh?

Le dirijo una mirada suplicando perdón y de golpe me reconforta ver su rostro resplandeciente a mi lado.

La verdad es que, al final, y al contrario de lo que yo pensaba, la cena se me hace muy amena. Las amigas de Sofía están locas y, sinceramente, es lo que necesito. Alegría a mi alrededor. Algo que me ayude a olvidar, aunque sólo sea por unas horas.

Cuando terminamos de cenar deciden ir a tomar una copa a una discoteca cercana. Mi intención es despedirme e irme a casa, ya que he bebido demasiado vino y la falta de costumbre ha hecho que se me suba un poco a la cabeza.

De repente, me vienen a la mente recuerdos del exquisito Château Smith que Alan y yo bebíamos juntos... Empiezo a desconectarme del mundo real y ya estoy sucumbiendo al dolor y al fustigamiento emocional. Cuando Sofía se percata de la extraña expresión de mi cara, se apresura a cogerme del brazo.

—¡No, no, no! ¡Tú no te vas! ¡¿A que no, chicas?! —les grita a sus amigas.

Los gritos de alegría me arrancan de mis dolorosos pensamientos y mil manos me empujan calle arriba entre risas y palabras de ánimo.

Cuando llegamos a la discoteca, me sorprende ver que está abarrotada. Se me hace casi imposible andar entre tanta gente, pero consigo llegar a la barra y sentarme en un taburete. Tras pedir una copa, me quedo ahí, inmóvil, mientras mis recuerdos viajan hacia mi primer encuentro con Alan, sentados en la cafetería de la exposición de arquitectura. ¡Dios! ¡No lo voy a conseguir! No podré vivir ya, día tras día, sin echar de menos su presencia, su calor, sus caricias...

—Hola, guapa, ¿estás sola?

Una voz desconocida me despierta de mi ensoñación y veo sentado frente a mí a un hombre con cara de imbécil, que me mira fijamente. Como un rayo, atraviesa mi mente el pensamiento de que ese tipo me ha arrancado del recuerdo de Alan y, sin pensarlo dos veces, mis manos impactan contra su pecho y lo empujo de tal manera que casi se cae del taburete.

—¡Aparta, gilipollas! —Cojo la copa y, sin poder evitar ver su cara de asombro, me apresuro a alejarme de él.

No puedo avanzar ni dos pasos cuando siento que el corazón se me detiene y de mi garganta emerge un ahogado y profundo gemido. Ahí está Jan, frente a mí, con semblante divertido, testigo de la cómica escena que acabo de protagonizar, y a su lado Sara,

con su cara angelical. Y, al verla, al momento, los ojos se me empiezan a llenar de lágrimas. Lanzo una mirada desesperada a su alrededor, con un nudo en la garganta que no me deja ni respirar, temiendo o deseando, no lo sé, que él también esté aquí.

—Hola, Rebeca. Veo que tu genio sigue intacto. —Los brazos de Jan me rodean por los hombros y los míos estrechan con fuerza su cintura, mientras me besa en las mejillas con cariño.

Me deshago de sus brazos, un poco incómoda al recordar cómo se sentía Alan frente a las muestras de cariño de su socio y amigo hacia mí y me dirijo a Sara, abrazándola con fuerza.

—¡Jan! ¡Sara! ¿Cómo estáis?

—Bien, Rebeca, ¿y tú? —contesta Jan, cogiéndome las manos—. Se te ve... diferente... ¿Estás bien?

Tiene razón, he perdido peso y mi cara refleja todo el dolor de mi corazón.

—No, Jan, no lo estoy. ¿Cómo está... él? ¿Está... aquí? —Me duele hasta pronunciar su nombre y miro a mi alrededor nerviosa.

—No. No está aquí. Rebeca... —Duda.

—¡Jan! ¿Cómo está? —insisto.

—Mal. Está mal. Desde que lo... desde que te fuiste... ha cambiado...

Tengo los ojos ya inundados, incapaces de retener a sus inseparables compañeras húmedas y cristalinas, mientras escucho esas dolorosas palabras.

—Le he rogado mil veces que te llame y que hable contigo, pero no quiere. Sus dolores de cabeza son cada vez más frecuentes y... no es él. Rebeca... a veces me asusta.

Sus dolores de cabeza... Es verdad... Viví alguno de ellos. Creía que no habrían reaparecido, después del último que sufrió estando conmigo.

—Rebeca... —sigue diciendo Jan. Sara me abraza por la cintura mientras me acaricia las mejillas.

—Deberías verle, hablar con él... Le dejaste para que siguiera con su vida, para que se dedicara a su trabajo, pero te aseguro que no lo está haciendo... Se consume... ¡os estáis consumiendo los dos! —afirma, mientras recorre mi cuerpo con la mirada.

—¡Jan, no puedo! Alan es inteligente, en el fondo sabe que esto es lo mejor para él y acabará por aceptarlo —explico entre sollozos.

—No, mi amor... —La dulce voz de Sara se me clava en el corazón—. Lo mejor para Alan eres tú. Y siempre lo serás. Nunca aceptará que estés lejos de él.

Mis lágrimas son ya un torrente desbordado. Por mi izquierda veo que se acerca Sofía con cara de terror.

—¿Qué coño está pasando aquí?! —grita.

—Nada, Sofía, son amigos míos y de... Alan. No pasa nada. Estoy bien, voy enseguida.

Sofía se marcha, pero no sin antes lanzarles una mirada de reproche por hacerme revivir esos dolorosos recuerdos que ella está intentando por todos los medios alejar de mí.

—Rebeca —continúa Jan—, me pediste que cuidara de Alan, pero no deja que nadie se le acerque, ni tampoco que nadie lo ayude. Él me ha prohibido que hable contigo y que te llame, pero ahora, al encontrarte aquí... he visto un hilo de esperanza...

Mi corazón está a punto de estallar y el cuerpo de jugarme una mala pasada, desconectándose del cerebro. Necesito salir de aquí. No puedo escucharlo más.

—Jan, lo siento. Tengo que irme.

—Rebeca, por favor...

Sus palabras se pierden entre la multitud, a medida que me acerco hacia el grupo de chicas. Cuando llego hasta ellas, cojo mi

bolso y me despido con rapidez, sin dar tiempo a que Sofía me diga nada.

—Necesito estar sola, Sofía, lo siento. Mañana hablamos.
—Y salgo casi a la carrera del local.

De vuelta a casa, me cuesta trabajo ver la carretera con los ojos llenos de lágrimas. Además, la música que suena en la radio del coche no me ayuda para nada. Ahora mismo inunda mis oídos *Under*,* de Alex Hepburn, una canción triste y que, escucharla, no me da otra opción que no sea llorar y llorar.

Ya en casa, en la soledad de mi habitación, me desplomo sobre la cama y hundo la cara en la almohada de Alan, inhalando, deseando percibir su olor... pero no... ya no está... ha pasado demasiado tiempo... Y las lágrimas corren y corren de nuevo...

* *Under*, Warner Music France, interpretada por Alex Hepburn. (N. de la E.)

Sábado, 21 de septiembre

Sabía que me llamaría. Efectivamente, cuando pasan escasos diez minutos de las doce del mediodía, suena mi teléfono móvil.

SOFÍA llamando...

—Buenos días, mami... —saludo, intentando parecer contenta, aunque por dentro esté rota en mil pedazos.

—Buenos días, Rebeca, y no disimules, te conozco. ¿Cómo estás? ¿Qué ocurrió ayer?

Le explico lo que me contó Jan acerca del comportamiento y la salud de Alan. También le menciono su insistencia en que lo llame y hable con él, pero como ante Sofía no puedo mentir, le reconozco que no puedo hacer tal cosa, ya que, si lo hiciera, no podría resistirme y volvería con Alan y eso es algo que no puedo permitir que ocurra.

—Todavía es muy pronto —digo—. Alan es joven y supongo que no tardará en superarlo. Sólo hay que darle tiempo. Pero de lo que sí estoy segura es de que si lo llamo y, por supuesto, si lo voy a ver, no podré soportarlo y no seré capaz de alejarme de él otra vez. Y no le puedo hacer eso. Le irá muy bien sin mí. No me necesita en su vida.

—Rebeca, eso es lo que tú piensas. Pero te voy a decir una cosa, y no quiero que creas que intento convencerte de nada. Respeto la decisión que has tomado y si crees que es la acertada, es-

tás en tu derecho de seguir adelante con lo que tú piensas que es adecuado, pero el día que cenamos juntos, no es lo que vi en su mirada. Él te necesita, te ama y sus ojos decían que eras su vida, de eso estoy convencida.

Al final, Sofía desiste. Me conoce y sabe que conmigo es peor insistir, porque cuando me cierro en banda es imposible hacerme entrar en razón.

Me paso el resto del día tirada en el sofá, escuchando música con la televisión encendida pero sin prestarle atención, y con la caja de pañuelos de papel como compañía.

Por la noche, al volver de uno de mis viajes al baño para refrescar mis hinchados ojos llorosos, me quedo parada frente al televisor. Están emitiendo una película en la que una pareja de enamorados pasa unas vacaciones en una bonita playa... Y eso, de inmediato me hace recordar nuestra maravillosa escapada a Santorini.

Alan conducía por el solitario y oscuro camino de tierra cuando volvíamos por la noche de cenar. Estábamos ya a punto de llegar a la casa y a mí se me ocurrió jugar con él.

—Alan, mi amor, ¿sabes que estos vaqueros te quedan de escándalo? He estado durante toda la cena deseando poner la mano sobre tu paquete, pero claro... el restaurante estaba tan lleno... —Lo provoqué recostándome en el asiento y poniendo una mano sobre su muslo.

—Rebeca, no me provoques o lo lamentarás el resto de la noche... —murmura entre dientes, sin apartar los ojos de la carretera.

—¿Ah, sí? ¿Y qué serías capaz de hacerme, chico malo? —Mi mano está ya a tan sólo un centímetro de su ingle y él, abriendo las piernas, inspira una gran bocanada de aire.

—Rebeca... sabes que no tendría ningún problema en frenar el coche en seco y follarte aquí mismo. Y no creo que éste sea uno de los sitios más deseados por ti para tal escena... O sea que... ¡no me provoques! —Su

mirada, acompañada de una sonrisa lujuriosa, me invita a tentar a la suerte.

—¡Dios! Es que estás tan bueno, que no me puedo contener. Tranquilo, no te preocupes... sólo te acaricio un poquito, con eso me conformo... —Y diciendo esto, coloco la mano entera sobre su entrepierna y lo masajeo, apretando con dulzura. Un gutural gemido emerge de su garganta y eso me hace sonreír de forma maliciosa—. ¿Lo ves? Ya está. ¿A que no ha sido tan malo ni traumático? Y yo... ahora ya estoy satisfecha. Gracias.

Su reacción no se hace esperar. Dicho y hecho. Aprieta el pedal del freno y el coche culea por la parte trasera, levantando una gran nube de arena, que flota por los costados cuando detiene el vehículo con brusquedad bajo los árboles, al lado del camino que lleva a la casa.

—¿Ya está usted satisfecha, señorita Hot?

Su cara está frente a la mía. Con su brazo derecho apoyado en el respaldo de mi asiento, me sujeta con fuerza por la nuca y con la otra me agarra por debajo de la rodilla izquierda, separándome las piernas y haciendo que mi culo se deslice hacia adelante por la fuerza con que me ha sacudido.

—Abhh... —Me pilla por sorpresa y eso me altera al segundo.

—¿Y yo qué tengo que hacer ahora? ¿No has notado cómo me has dejado, chica mala? —Sus ojos bajo la luz de la luna se ven brillantes y llenos de deseo.

—No... No me ha dado tiempo... Lo juro —bromeo, deslizando la mano de nuevo por su muslo—. Pero voy a remediarlo enseguida. Ahora mismo lo compruebo...

Acaricio su entrepierna y mi mano se deleita paseándose por encima de su erección.

—Ohhh... Alan... tienes razón... ¡no veas cómo te he dejado! —Río.

—¡Joder, Rebeca! —Aferra la cinturilla de mis leggins y tira de ellos hacia abajo—. ¡Vamos, ven aquí!

Vuelve a sentarse bien en su asiento mientras se desabrocha los vaqueros y se los baja junto con los bóxcers hasta la mitad de los muslos. Yo, sin dejar

de mirarlo ni de observar su miembro erecto, retándome, me libero de la ropa y, apoyando una rodilla en su asiento, paso la otra pierna por encima de él y me siento a borcajadas en su regazo.

Empiezo a restregar mi sexo contra su pene y busco su boca. Su fuerte mano me sujeta por la barbilla y, manteniéndome a tan sólo dos centímetros de sus labios, me susurra de forma amenazante:

—Ahora, vas a compensarme muy bien por el mal rato que me has hecho pasar y vas a moverte sobre mi polla como no lo has hecho nunca en tu vida. —Me besa con pasión—. ¿Lo has entendido, princesa?! —grita, clavando sus dedos en mis nalgas.

—Mmmmm... sí, me ha quedado muy claro, mi Don Perfecto. Voy a follarme tu delicioso miembro y te juro que me vas a suplicar que pare... —afirma.

Vuelvo a la realidad, sobresaltada por el sonido del teléfono y siento mis mejillas húmedas por las lágrimas. Miro la pantalla. No tengo ganas de hablar, pero... debo atender la llamada. Es mi madre. Sabe por lo que estoy pasando y está muy preocupada. Y cada noche tengo que responder a la llamada nocturna de control y revisión.

—Hola, mamá, ¿qué tal? —la saludo, intentando disimular mi tristeza.